

... Y ME HICE MAYOR

(... pero seguía teniendo un alma soñadora)

-1-

Y digo que seguía teniendo un alma soñadora, porque, aunque ya tenía nueve años, y me encontraba en el inicio de mi nueva etapa evolutiva, *la madurez infantil*, sin embargo, aún era una niña, y por lo tanto, todavía con una gran capacidad de soñar. Pero siempre, claro está, desde el lado positivo de mis sueños: rescatar para el recuerdo los buenos momentos de mi vida; e intentar, a la vez, borrar de mi mente cualquier tipo de vivencias que pudieran amenazar mi felicidad presente.

Cuando regresaba al pueblo para iniciar el nuevo curso escolar, lo hacía con un bonito bagaje de experiencias nuevas –en mi segundo relato NOSTALGIA– adquiridas en contacto directo con la naturaleza. Éstas, unidas a las ya vividas en el pueblo con mis abuelos paternos, y narradas también en mi primer relato, LA ALCOBA MISTERIOSA, seguían retroalimentando mis sueños. Finalmente, todo aquel pasado bienestar compartido con mis abuelos se mezclaba ahora con aquellos nuevos momentos de ilusión, al reiniciar el nuevo curso escolar, y reencontrarme otra vez con mis amigas de colegio; para colmar así de felicidad mi corazón y servirme de un nuevo estímulo ante una nueva etapa con muchas y renovadas ilusiones.

El curso escolar hacía por lo menos un par de semanas que ya había comenzado, cuando yo llegaba de la huerta con mis abuelos. Este contratiempo, sin embargo, no me preocupaba demasiado, ya que dado mi fuerte carácter de superación ante la adversidad hacía que rápidamente me pusiera al mismo nivel del resto de la clase. Y una vez conseguido el nivel deseado, el siguiente paso era el de ponerme al corriente, ya de forma más sosegada, de todos aquellos chismes y pormenores que tuvieran que ver con lo acontecido en el pueblo a lo largo del verano, sobre todo con todo aquello que afectara directamente a mis amigas. Éstas procuraban ponerme al día de todo lo acontecido, utilizando un lenguaje propio de un periodismo entregado al más exagerado e insoportable de los sensacionalismos: “Que si a fulanita le gustaba un chico; que si otra había cambiado por otro al que tenía, porque éste ya no le gustaba”. Y otra serie de pequeños chismes cargados, aunque sin mala intención, de todo tipo de adornos añadidos a la realidad de la noticia, terminando ésta en una especie de culebrón televisivo.

Además de las amigas del colegio, con las que acostumbraba a salir de paseo, me encontraba también con otras compañeras de años anteriores, con las que tenía también una gran amistad, y a las que, por otras circunstancias, veía menos. Y lo que es más importante, me reencontraba de nuevo con mi maestra. Esta relación de maestra y alumna, en mi caso, no resultaba difícil, ya que mi recordada y querida maestra llevaba muchos años en el pueblo entre nosotras ejerciendo su labor docente. Se llamaba Elisa. Y al parecer, comenzó muy joven ejerciendo su profesión. Lo más curioso es que no sólo fue mi maestra, sino que también lo fue de mi madre; y no por eso yo tenía privilegio alguno, sino todo lo contrario, ya que solía exclamar : “¡Ay, Isabel!” Por qué no serás tan buena como lo era tu madre; ella no me daba ningún trabajo, y sin embargo, es usted tan traviesa... Es que...” Resignada, movía su cabeza de arriba abajo, y concluía con un cierto aire de impotencia: ¡Hay que ver!, no paras quieta un momento”.

Durante nuestra convivencia escolar, eran inevitables los castigos, ya que por una cosa o por otra siempre había alguna con una sanción leve: como poner de rodillas a la transgresora de turno, quince o veinte minutos, junto a la mesa de la maestra y mirando de frente a las demás compañeras, para un posible escarmiento de ésta y también, cómo no, de las demás. Otras veces nos pegaba con la regla en la palma de la mano, o nos echaba una reprimenda, etc. Pero el peor de los castigos

era dejarnos sin recreo; claro que, para esto tenías que haber hecho algo más gordo.

A propósito de nuestras trastadas y de los consiguientes castigos por parte de la maestra, creo interesante narrar aquí una de aquellas travesuras más importantes protagonizadas por mí, siempre claro está, con el necesario e inestimable apoyo de otro par de compañeras de clase:

Uno de aquellos inolvidables días de colegio se nos ocurrió la “feliz idea” de manchar las batas de la escuela a las demás niñas; pero no con una manchita cualquiera, fue algo más... Por aquel entonces se comenzaban a vender los líquidos en envases de plástico. Era algo muy novedoso. También la lejía, entre otros líquidos, como no, comenzó a distribuirse en ese tipo de recipientes. Este tipo de residuos de plástico apareció enseguida tirado por todas partes, ya que al tratarse de residuos inorgánicos y de origen industrial tardaban mucho tiempo en descomponerse (plásticos, metales etc.); por lo que las ya citadas botellitas vacías de lejía y otras similares aparecían en cualquier sitio.

Y qué pasó, que cierto día, faltaría más, encontramos un curioso e inocente montoncillo de estos envases a la salida al recreo, y en las proximidades de la escuela. Parece que aquellas inocentes botellitas hubiéranse reunido allí no de manera aleatoria, sino conscientes de su hipotética necesidad de prestar sus servicios a cualquiera que se los solicitara. Estos envases eran de tipos muy variados: de nuevos detergentes, producto, al parecer, de la “nueva revolución industrial española”, de la aparición también de algunas marcas de lejía y también de algunos refrescos envasados en botellas de plástico; cosa esta última también muy novedosa, por cierto.

Una vez descritas las características de nuestro hallazgo, y dada nuestra natural tendencia al juego, como niñas que éramos, ¿qué se nos ocurrió...?, pues algo muy sencillo: en aquellos primeros días de otoño había llovido abundantemente y se habían formado enormes charcos en las proximidades de la escuela; y “miel sobre hojuelas”: agujereamos por su base algunas de aquellas pequeñas botellas, las llenamos de agua sucia que había en los charcos que estaban a la salida de la escuela y, acto seguido, otras dos o tres compañeras y yo nos dedicamos alegremente, apretando “las botellitas de marras”, a perseguir a las demás para rociarlas “convenientemente” con aquel agua sucia de los charcos. Ni que decir tiene que, cuando por fin doña Elisa, la maestra, se enteró de lo que estaba pasando, gran parte del alumnado infantil había sido rociado sin contemplaciones. Ellas corrían despavoridas gritando: “¡Se lo vamos a decir a doña Elisa!”, y añadían en el colmo de su indignación: “¡Cochinas, que sois unas

cochinas!”. Esto último nos enfadaba mucho más, y para lo único que servía era para que nuestra ciega persecución aumentara con nuevos bríos, y proporcionalmente, aumentara a la vez el número de insultos y justificadísimas quejas de las víctimas; provocando, finalmente, que el número de las mojadas fuera mayor.

Aquella memorable trastada tuvo sus lógicas y necesarias consecuencias: cuando apareció doña Elisa bajo el dintel de la puerta de la escuela, un espeso silencio se apoderó de aquel grupo de niñas, quedándose, tanto las agredidas como las agresoras, convertidas en una especie de estatuas, como si el tiempo se hubiera detenido para siempre. Nadie de aquellas niñas osaba decir nada, y la última imagen de sorpresa, reflejada en su rostro, tras la súbita aparición de su maestra, parecía no querer desaparecer, mientras sus inocentes miradas de inquietud no consiguieran ahuyentar la congoja de sus corazones de niñas. Tras un corto espacio de tiempo que, para muchas, incluida yo, resultó eterno, un par de palmadas de la maestra hizo, por fin, que todas regresáramos de nuestro abatido proceder. “¡Todas para adentro!”, clamó por fin, desde la puerta y visiblemente enfadada, nuestra maestra.

Tras las sucesivas pesquisas, y sin grandes dificultades se llegó a conocer la verdad de lo sucedido, ya que mi inocencia y la del resto de mis compañeras aún se mantenía incólume: tanto las agredidas como las agresoras narraron fielmente el desarrollo de los acontecimientos, y sin tener doña Elisa que esforzarse para nada en averiguar la verdad de lo sucedido, descubriendo, sin grandes dificultades, a las autoras de tan peculiar “ducha” con agua sucia. Éstas, las responsables de semejante y sucio desaguisado fueron dura e inmediatamente sancionadas sin comer, encerradas en la escuela el mismo día de “la comisión del delito”, y a quedarse sin recreo durante toda la semana. La aplicación de este castigo, las condiciones del mismo, y el porqué de esta sanción fueron ampliamente razonadas ante los padres de las “víctimas” para evitar así malos entendidos, impidiendo a la vez que éstos intentaran “tomarse la justicia por su mano”, cosa frecuente en la mayoría de estos casos. La maestra nos impuso, según su criterio, esa sanción y “'amén', hasta aquí, de momento, habíamos llegado”.

Como casi siempre, y en estos casos, todo está regido por la sempiterna cuestión de “las dos caras de la moneda”, la buena: la justicia y equidad de la sanción en este caso; y la mala: eternamente jocosa y agresiva de los que, desde fuera del problema juzgan, a su manera, al que impone la sanción y a los que la cumplen. Véase, si no, la actitud de ciertas comadres, al pasar junto a las ventanas de la escuela y vernos allí castigadas: “Qué habréis hecho para que

doña Elisa os castigue...”, decían con cierta sorna, como si en ello les fuese la vida; y remataban la faena con la apocalíptica sentencia de siempre en estos casos: “Menudas 'prendas' estáis”. Hay que ver en los pueblos de entonces – y seguramente en los de ahora– qué manía tenía la gente, sobre todo ciertas comadres de prejuzgar y criticar, sin fundamento, la actitud o lo que le ocurría a los demás, sobre todo cuando éstos, muchas veces sin razón, se encontraban en alguna situación delicada. Aunque, en el caso que nos ocupa, las encerradas en la escuela si fueran dignas de aquella sanción.

Después de no mucho rato apareció doña Elisa, y en el colmo de su bondad dijo: “Venga, iros a comer”. No obstante, lo de no salir al recreo durante toda la semana si lo cumplimos a rajatabla.

Cuando, después de tantos años, y a pesar del castigo, recuerdo esta lejana y entrañable anécdota, unas pequeñas lágrimas de reconocimiento a “mi querida maestra” se deslizan por mis mejillas, como humilde homenaje a su bondad y a su recuerdo.

Y hablando de las cosas más serias, relacionadas con nuestra actividad, comenzaré primero con el horario. Éste, más o menos, tenía el siguiente desarrollo: nada más entrar por la mañana, lo primero que hacíamos era cantar el Cara al Sol. Se trataba del himno de la Falange Española; prácticamente desaparecido en la actualidad. Acto seguido se colocaba la bandera en las rejas de la ventana, y allí permanecía hasta la tarde; y cuando salíamos se recogía. Al arriarla se cantaba: “Viva España / alzad los brazos hijos del pueblo español /...” Éste ha sido el himno de España desde el siglo XVIII, excepto durante el periodo de la Segunda República, en el que se adoptó el Himno de Riego. Luego Franco lo utilizó de nuevo hasta nuestros días, aunque solo con su música; digo yo que habrá sido para no tener que recordar “viejos tiempos”. Y, tras la patriótica y matutina ceremonia del izado de bandera, rezábamos un Padre Nuestro, y cómo no, con su Ave María correspondiente.

Seguidamente, y tras esta engorrosa y larga parafernalia de la mañana, comenzaba el estudio y aprendizaje de las distintas materias exigidas, tales como: Matemáticas, Lengua Española, Geografía e Historia, algo sobre Ciencias Naturales y Religión; en esta última se incluía también el Catecismo. Y... ¿qué era el Catecismo? –para los niños de ahora que ni habrán oído hablar de él–, pues se trataba de un pequeño librito que contenía todas las verdades que todo creyente debía conocer para salvarse.

Los más populares, utilizados por aquellos años de los cuarenta y cincuenta, eran dos: el del padre Gaspar Astete y el de Ripalda. Y, ya a finales de la década de los años cincuenta, apareció uno más moderno, en formato distinto y en color. Hay que decir también sobre esta cuestión que aquel niño o niña que quisiera tomar la Primera Comunión debería asistir también, durante un año, a la catequesis donde debían perfeccionar mucho más todos los preceptos de la Iglesia Católica, aprendidos hasta entonces en el Catecismo. Aunque, en aquellos tiempos, no íbamos a la catequesis, sino que, en el pueblo, íbamos a la doctrina, que era como se llamaba allí. Para ser más exactos a la “doctrina”, según el léxico local de Torrecillas.

Las materias citadas se daban por la mañana, como ya he comentado; aunque siempre con un determinado orden y dependiendo, lógicamente, de la importancia de cada una de ellas: había también asignaturas que, prácticamente, nos ocupaban todo la mañana. Pero, como es de suponer, la programación de todas

aquellas cuestiones relativas a la enseñanza, era un trabajo que correspondía a doña Elisa; tarea ésta que seguramente controlaba ella con absoluta felicidad, y siempre pensando en lo mejor para sus alumnas, de cara a un óptimo aprovechamiento del tiempo y por consiguiente de unos buenos resultados en su nivel de aprendizaje. Por las tardes, nos dedicábamos al dibujo, la costura, etc. Y mientras hacíamos estas labores, una niña leía pacientemente diferentes episodios de una colección infantil titulada: Historias de Mary Luz. Estas historietas eran las preferidas por las niñas de aquel tiempo, porque la protagonista era muy dulce y muy buena; y a la que todas queríamos parecernos. También acostumbrábamos a leer poesía, incluso, en ocasiones, algo del Quijote.

Otras veces, nuestra maestra, a la que le gustaba mucho la literatura, nos leía biografías de escritores y poetas famosos, tales como Gustavo Adolfo Bécquer, del que nos recitaba alguna de sus famosas rimas, como por ejemplo la de: “Volverán las oscuras golondrinas /...” o también: “Del salón en el ángulo oscuro /...” También nos leía muchas otras cosas del genial autor del Romanticismo. Nos citaba a menudo a Gabriel y Galán, autor del conocido y famoso poema del Ama, que comenzaba con estos versos:

“Yo aprendí en el hogar en que se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra...”

No faltaba tampoco a la cita nuestro insigne Antonio Machado con poemas como: “Abril florecía frente a mi ventana...” (canción XXXVIII) ; y otros tan geniales que nuestra maestra nos recitaba, y de los que aquí cito algún fragmento. Otra de las muchas que nos recitaba, perteneciente a su obra cumbre, Campos de Castilla, era Orillas del Duero (CII), que comenzaba con la siguiente estrofa:

“¡Primavera Soriana, primavera
humilde como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito...”

O también aquel poema de Campos de Castilla, en el que uno de sus fragmentos decía así:

“Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora...”

Por aquellos años de la década de los cincuenta, y concretamente, en septiembre de 1953, se firmaba con los EE.UU. el llamado Pacto de Madrid, llamado también el de la “ayuda americana”. Este pacto, entre otras cuestiones, incluía una ayuda económica consistente en préstamos y otra parte en donaciones. A esta segunda parte pertenecían, entre otras cosas, la leche en polvo y un determinado tipo de queso que se repartía en las escuelas.

La leche venía envasada en unos sacos de papel con tripe capa, y eran muy resistentes. Esta se deshacía en un cubo con bastante agua y luego se repartía en un vaso para cada una.

El queso venía envasado en unos cilindros metálicos. Recuerdo que éstos venían decorados, según creo, y en plan propagandístico, con la imagen de dos manos estrechándose sobre un fondo con la bandera norteamericana. Era de muy buena calidad, según mi opinión; y nos lo repartían por la tarde para la merienda en raciones en forma de triángulo. Los viernes de Cuaresma, excepcionalmente, la maestra nos dejaba llevar la leche a casa para que nuestras madres pudieran hacernos algunos postres, tales como los famosos “güevencillos” –variante torrecillana de huevecillos–, arroz con leche y, cómo no, las muy famosas natillas. ¡Qué barbaridad!, ¡estaba buenísimo!

Estas actividades relacionadas con la vida escolar, y en determinadas fechas del año, eran alteradas con otras de otro tipo; sobre todo en ocasiones tales como la Navidad, las comuniones, la Cruz de Mayo y otras más profanas de tipo lúdico, como, por ejemplo, nuestras tardes en el campo. Estas últimas nos gustaban mucho, porque además de estar presididas por la maestra, eran, sin embargo, consideradas como tarea escolar, al estar encuadradas dentro de las ciencias naturales. Era lo que pudiéramos llamar “trabajo de campo”; y que no era, ni más ni menos, que observar sobre el terreno lo que habíamos estudiado en la escuela. Y lo que era más importante, sobre todo para nosotras, es que, cuando en primavera comenzaba a llegar el buen tiempo, teníamos por las tardes la bonita opción de salir un rato al campo de “merendilla”. La merienda, generalmente, se componía de pan, acompañado unas veces con patatero, otras con unas onzas de chocolate, y otras con aceitunas. Entonces no había Bollycaos ni Donuts ni barritas de cereales ni “otras golosás.”

Quisiera comentar algo sobre las otras actividades antes mencionadas, como por ejemplo, nuestra sencilla celebración de la navidad. Estas fiestas estaban presididas siempre por un continuo, alegre e interminable ajeteo. Se empezaban a preparar un mes antes: primero poníamos un especie de caballete; seguidamente, colocábamos sobre él unas maderas, y con eso ya teníamos la mesa. Luego, salíamos a las afueras del pueblo para buscar musgo; y tras la vuelta lo colocábamos en la mesa, bajo la supervisión de la maestra. Posteriormente, colocábamos, siempre con cuidado, las figuras y hacíamos las montañas y el río. Y cuando, por fin, habíamos terminado, cantábamos villancicos, acompañadas con panderetas y castañuelas. De esta forma pasábamos parte del mes de diciembre, hasta que llegaban las vacaciones de Navidad.

Otras de las actividades que quiero comentar eran las de la primera comunión y la Cruz de Mayo. Primero se celebraban las Cruces y después las Comuniones. Estas fechas eran inolvidables, sobre todo para las que celebraban su primera comunión: era ese paso que existe entre la niña y la que empieza a ser mujer. Para esto también eran muchos los preparativos: primero en la iglesia se daba, como ya he comentado, la catequesis –la “doctrina”–; luego en la escuela se preparaba el poema que leíamos en la iglesia; y, por último, lo más importante el vestido y, por supuesto, la peluquería, en la que te ponían la cabeza llena de tirabuzones –estilo... Luis XV, vaya–. En fin que así trascurrían por lo menos dos semanas antes de la comunión.

Por fin, había llegado ese día tan esperado, y nada más levantarnos comenzaba el ajeteo: todo eran nervios, había que prepararse, y todos a la vez, aunque la protagonista era la más importante. Una vez que todos estábamos listos, nos dirigíamos a la iglesia; y allí, los niños y las niñas que hacíamos la primera comunión nos sentábamos cerca del altar; y los familiares se acomodaban detrás de nosotros. La iglesia estaba preciosa, llena de flores, pues la ocasión así lo merecía. Aunque, tras habernos colocado definitivamente, tampoco lográbamos relajarnos lo suficiente. El señor cura, en su sermón, hablaba para nosotros, y entre otras cosas, nos decía que de ahora en adelante debíamos ser muy buenos; y que cualquier cosa mala que hiciéramos debíamos confesársela. Esto no quería decir que antes fuéramos unos desalmados, sino que ahora tocaría “rendir cuentas” por el mal causado, y que ya nada, en este aspecto, nos saldría gratis. De todas formas se

trataba de simples pecadillos: hablar mal a las personas mayores, llevar la contraria a nuestros padres, pequeñas mentiras y otras pequeñas faltas propias de niños de nuestra edad. En fin, que la cosa se nos ponía un poco más seria.

Daba comienzo la ceremonia con cánticos y alabanzas a Dios, con gran recogimiento por parte de los mayores y gran alegría por parte de los que hacíamos la primera comunión. Llegado el momento, formábamos dos filas, una la de los niños y otra la de las niñas; y así nos dirigíamos emocionados hacia el altar para recibir, por primera vez, la Sagrada Eucaristía. Recuerdo que no cerraba bien la boca, por miedo a hacerle daño a Jesús, y respetando a la vez el compromiso de que la Sagrada Hostia no se pegara en el cielo de la boca; porque, según los mayores, no se podía tocar con los dedos –y digo yo: qué tendrían que ver los dedos con el cielo de la boca...– En fin..., “qué trabajos nos manda el Señor”, o también, qué tonterías se inventa la gente.

Terminada la ceremonia, nos dirigíamos al fotógrafo; y eso sí que era un auténtico ritual: nada más empezar te ponían delante de una sábana blanca. Posteriormente, alguien del grupo, poniendo casi su vida en ello y de manera apremiante –casi amenazadora–, exclamaba: “Mira el pajarito, mira...”, y ¡¡¡ plazz !!! fogonazo al canto; y tú con una cara de susto que no veas... Los niños lo tenían peor: a ellos les ponían al lado una especie de mesita de noche, coronada por un ridículo florero de extraña apariencia y no menos extraños y remotos orígenes. Otra curiosidad que siempre he tenido sobre aquella peculiar visita al fotógrafo es la de por qué, si éste tenía la pared pintada de blanco, ponía, sin embargo, una sábana blanca encima. La única explicación que se me ha ocurrido siempre, al recordar aquel extraño comportamiento, era la de que, seguramente, la sábana dichosa trataba de ocultar algún desconchón en la pared, que por cierto estaba quizá más blanca que la propia sábana. En fin..., que sigo con aquella curiosa incertidumbre. Acto seguido, y sin pensarlo dos veces, nos fuimos a casa a desayunar. Recuerdo también que esta segunda actividad no provocó en mi espíritu inquietud alguna, al contrario, se trataba de un menú compuesto de dos huevos fritos con dos acompañantes dignos de la mayor de las alabanzas: chorizo y lomo de cerdo de elaboración casera; bien curados, y en contacto con los purísimos aires de mi querida y siempre recordada tierra. El menú, para terminar, y en plena apoteosis culinaria se veía felizmente rematado por un inmenso tazón de chocolate, apoyado, por si fuera poco, por una muchedumbre de churros y diversos tipos de dulces caseros. Semejante ágape, como comprenderás querido lector, terminaba convirtiéndose en una especie de desenfreno culinario.

Ese día, el que hacía la primera comunión era envidiado por todos, ya que todo lo mejor era para él. Un desayuno de semejantes dimensiones solo se producía en estas ocasiones, ya que en aquellos años de tanta escasez, no lo disfrutarían ni los considerados más “riquillos” –como se decía en el pueblo–, pues había demasiadas casas en las que se pasaba hambre. Yo me consideraba una privilegiada: no éramos ricos, pero nunca pasamos hambre.

Después de darle gusto al estómago, salíamos a visitar a los parientes; entre otras cosas, para que “aflojaran el bolsillo”. Les regalábamos un recordatorio, y a cambio, ellos nos daban alguna “perrilla”; y yo... tan contenta. Después para casa a comer; y por la tarde, vuelta a empezar. Te preparaban otra vez, y al rosario. Esta ceremonia del rosario era algo más distendida, aunque no por ello menos importante para nosotros; porque, al terminar del rezo del rosario, cada niño recitaba unos versos a la Virgen y le ofrecía un bonito ramo de rosas de todos los colores, y con un perfume que, aunque lejano en el tiempo, me hace recordar aún aquellos felices momentos. Cada persona, a lo largo de su vida, se impregna de olores y sabores que, en determinadas ocasiones, traen a su memoria recuerdos de una felicidad pasada, generalmente vivida en su lejana infancia y rodeada de un candor indescriptible.

Rememoro con mucho cariño, y con alguna pequeña e indiscreta lágrima en mis ojos, aquellos entrañables instantes en los que, por primera vez, tuve que dirigirme en la iglesia a las gentes de mi pueblo a través de aquellos humildes versos, que decían así:

Blanca María, blanca paloma,
si no tienes ramo,
toma mi corona.

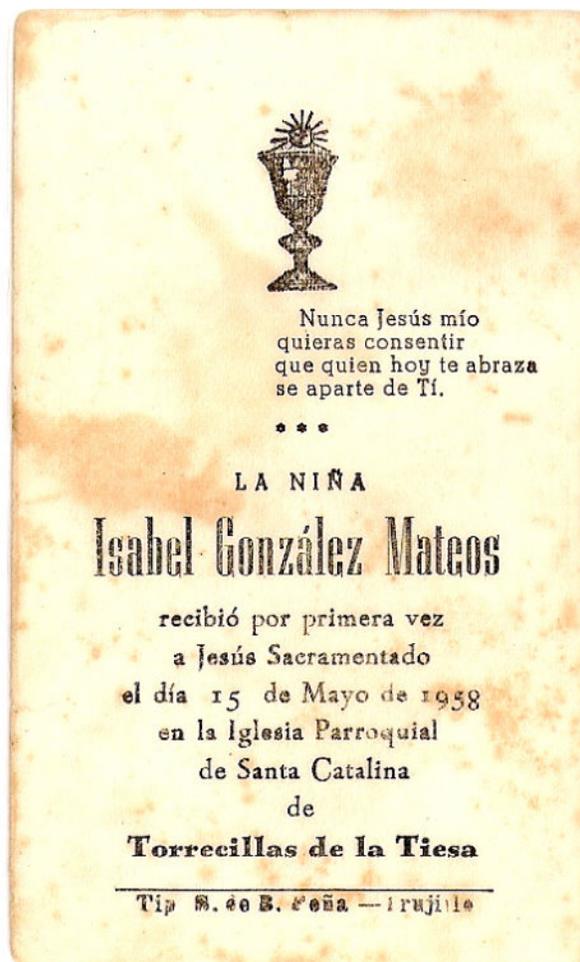
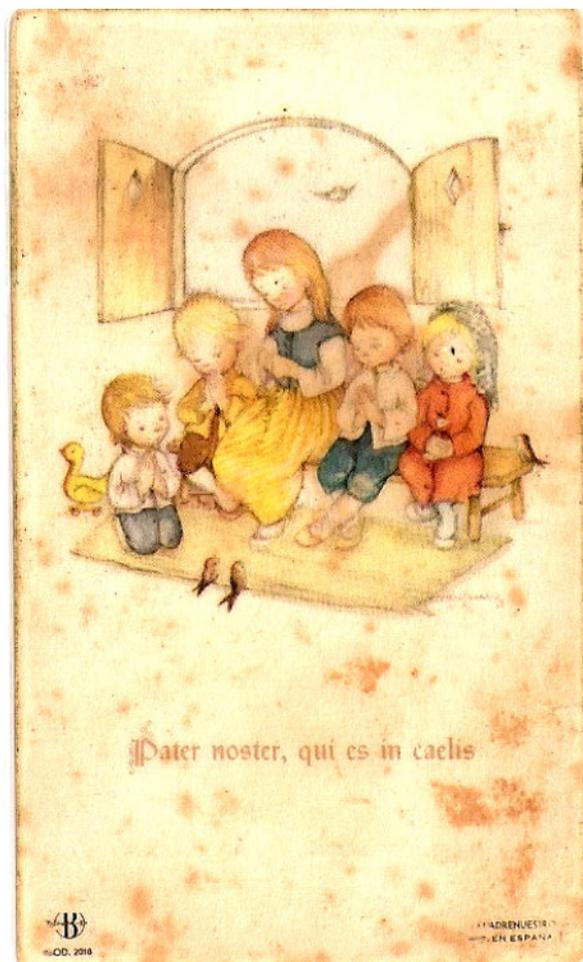
Mi corona es muy sencilla,
no tiene claveles;
pero tiene pensamientos
para que al cielo me lleves.

Así terminaba aquel bonito y siempre recordado día. A partir de entonces, mi siguiente ilusión era ser nombrada Hija de María; cosa que mis amigas y yo deseábamos conseguir; ya que, tras la citada ceremonia se nos consideraba del grupo de las mayores. Esto, a mis amigas y a mi, nos hacía mucha ilusión, porque, entre otras cosas, ya teníamos que ir con el velo a misa y una cinta azul y blanca de

la que pendía una medalla de de la Inmaculada.

Lo del velo tenía también otros usos mucho más profanos, tales como servirnos de juego a la salida de la iglesia: el encalado de la fachada de ésta tenía, a parte de otros componentes, una parte de arena gruesa. Este tipo de arena nos permitía el siguiente juego con los velos de misa: establecíamos una especie de competición a ver quien lo lanzaba más alto. Este juego traía a nuestras madres de cabeza, ya que, al lanzar los velos, éstos quedaban enganchados en la pared, y al tratar de alcanzarlos, cuando quedaban muy altos, entonces o tirábamos de ellos con la mano, o tratábamos de hacerlo con un palo. Al final, solía ocurrir que el velo terminaba “hecho unos zorros”, con la consiguiente bronca por parte de nuestras madres.

He aquí mi recordatorio de mi Primera Comunión; así como también la medalla de las Hijas de María con su cinta correspondiente. Ambas cosas algo deterioradas por el paso del tiempo:





Sirvan estos recuerdos y este relato como emocionado homenaje a todos aquellos que, siendo niños, compartieron conmigo juegos, ilusiones, muchas horas de trabajo escolar y otras muchas vivencias relacionadas con nuestra infancia en Torrecillas, durante la década de aquellos difíciles años cincuenta.

Isabel González, en Málaga, agosto de 2010.